

Después del divorcio.

Luciana, veinticinco años; Ernesto, veinticinco años; Pedro, veinticinco años... Todos tienen veinticinco años. Y todos son ricos. Y todos son bellos. Los ojos de Luciana parecen inmensas violetas pálidas, y sus cabellos la coronan de oro. Es delgada, sin ser flaca—una fause maigre—Su palidez intensa da á su rostro una expresión equívoca de pierrot adolescente. Sus dientecillos hacen pensar en ideales fieras de lujo que se alimentan devorando corazones.

Pedro y Ernesto son morenos, altos, esbeltos.

Un cuarto de trabajo amueblado á la inglesa.

Llaman á la puerta.

Ernesto.—¡Adelante!

Pedro (entrando).—Buenas tardes, Ernesto... bonisimas. Pero no me agradezcas la visita. Está lloviendo... Y como además tengo el sagrado deber de feli...

Ernesto.—De felicitarme, sí; es verdad. Muchas gracias, Pedro.

Pedro.—En el fondo eres el más afortunado de los hombres, pues después de...

Ernesto.—Sin duda... ¿Y dices que está lloviendo?...

Pedro.—¡Horriblemente! Paris es la ciudad más insoportable del mundo. Cuando no está llena de nieve está llena de lodo. No sé cómo no

se les ocurrió á nuestros abuelos establecer la capital en Niza... Pero, ¿á ti qué te importa el tiempo? Ya eres libre; ya no tienes obligación de ir al bosque á las tres..., al teatro á las diez...

Ernesto.—En efecto. (*Se sienta.*)

Pedro.—Si. Eres libre después de haber tenido cadenas dulcisimas. Puedes ir, correr, volver, jugar, beber, amar... No digas que no...

Ernesto.—No digo nada.

Pedro.—Hasta casarte de nuevo puedes... Pero, claro, que no lo harás. Como muestra basta un botón... Un botón de rosa, ¿eh?... No te cases.

Ernesto (sonriendo melancólicamente).—Gracias por el consejo.

Pedro.—Cualquiera diría que es tás triste.

Ernesto.—No.



Pedro.—Sí, estás triste.

Ernesto.—No; te digo que no estoy triste.

Pedro.—Bueno... ¿Y son?... (*Ve al reloj.*)

Ernesto.—Las cinco... Ahora mismo espero á un amigo... Un asunto muy serio.

Pedro.—Un amigo con faldas... un amigo moreno... Vamos, di que esperas á una mujer..

Llaman á la puerta con suavidad, como los nocturnos visitantes de los cuentos de Poe... ¡Toel... ¡Toel... Nada más que dos golpecitos.

Pedro (guiñando el ojo).—¡Claro!

Ernesto (nervioso).— Sí. Pero márchate... Mira, por esta puerta... No seas malicioso... Anda, adiós... (*Salc Pedro.*)

Ernesto (poniéndose de pie).— ¡Adelantel...

Luciana (entrando). — ¿Se puede?... Buenas tardes...

Ernesto (muy emocionado). — Buenas tardes... Luciana... Siéntese... Siéntate... ¿No quieres sentarte?... Sin duda tienes prisa...

Luciana. — No. Yo no tengo compromisos de ninguna clase... ¿Recibiste mi carta?

Ernesto. — Sí.

Luciana. — ¿Y qué dices?

Ernesto. — Digo... Eso es... Yo también quería escribirte en el mismo sentido, pero como ignoraba tus proyectos de vida... Los hombres somos muy tímidos. Y las mujeres son tan caprichosas, que en un mes cambian treinta veces de ideas.

Luciana. — Un mes.

Ernesto. — Sí. Hace un mes que estamos divorciados.

Luciana. — Un mes... Yo tampoco

me atrevía á escribir... ¡Sois tan raros los hombres!... Al fin hice un esfuerzo. Ahora estoy contenta.

Ernesto. — ¿Contenta?

Luciana. — Tranquila.

Ernesto. — Yo también. Nuestros caracteres son opuestos... Tú, tan alegre, tan decidora, tan pícarosca... Yo, melancólico y silencioso... Esa fué la causa... Pero aun estando conforme con mi nueva situación, no he de negar que es imposible suprimir así, de pronto, todo el pasado. El divorcio borró el matrimonio, no la amistad... Siempre podemos vernos de vez en cuando, á menos que...

Luciana. — ¿Qué?...

Ernesto. — Que... sí... una cosa muy natural después de todo... Y, además, yo no tengo que meterme en eso... Una mujer divorciada puede casarse de nuevo... debe casarse

de nuevo cuando es joven, bonita, como tú... ¡No me digas que no! Todas dicen lo mismo... Ya sé que por ahora... Pero las ideas cambian. La soledad es una consejera irresistible..

Luciana.—No... te aseguro que no.

Ernesto.—En fin, mientras tal cosa no suceda, seremos amigos... ¡Qué bonito traje llevas!

Luciana (sacudiendo su falda de terciopelo negro).—Un vestido serio... casi un vestido de viuda... ¡Se acabó la coquetería! Mi modista me arregla como quiere, y yo ni pido ni protesto.

Ernesto (con tristeza).—Es delicioso tu traje; así, muy oscuro, muy serio, formando contraste con tu sonrisa maliciosa, con la alegría dorada de tu cabellera, con las llamas azules de tus ojos.

(Un minuto de silencio. Luciana sonríe, acariciando la suave tela de su falda, mientras Ernesto se pasa la mano por la frente con ademán pausado y austero.)

Luciana.—Entonces, ¿no has quemado mis papeles, mis cartas, mis reliquias? Me gustaría conservarlas... las de mi madre... y algunos retratos...

Ernesto (abriendo un cajón de su mesa).—Mira...

Luciana (se acerca).—¡Ah! Mil gracias..., con tu permiso... De mi hermana... de mamá... y retratos del convento; la pobre sor Estela que me quería tanto y la madre Teresa... Lo que es bonitas no son.

(Ernesto examina en silencio los papeles. Ante sus ojos, húmedos de emoción, los paquetes van deshaciéndose y rehaciéndose rápidamente.)

Luciana comenta cada sobre, cada retrato, á veces con frases nostálgicas, más á menudo con ligeras ironías.

De pronto, al abrir una bombonera, se esparcen sobre la mesa, volando con alas marchitas, unos cuantos azahares.)

Ernesto.—¡Ah!

Luciana.—¡Mis pobres flores de novial... (Luego, en voz muy baja, como hablando consigo misma). Las florecillas que encarnan todo mi pasado, todas mis alegrías y todas mis penas muertas, todo el perfume de los días paradisiacos que volaron para no volver, toda la ternura del amor difunto... Voy á llevármelas. Y más tarde, cuando de mi juventud no quede sino el recuerdo, aún podré evocarla contemplando estos pétalos secos en el aislamiento de mi

vida por venir... ¡Mis pobres, mis pobrecitas flores!...

Ernesto.—Déjame una... una sólo, para que yo también pueda en las noches tristes de mi futuro solitario, hacer surgir del fondo de la memoria los días llenos de sol de nuestro idilio.. Mira.. Esa pequeñita...

Luciana (coge los dos azahares más completos y se los ofrece).— Toma...

Ernesto.—Gracias, Luciana. (Llevándose á los labios la mano de Luciana.) Mil gracias... ¿Y esas flores frescas que llevas hoy en el pecho, no me las dejas también?

Luciana (sonriendo se acerca á él hasta confundir su aliento con el suyo).—Lo que quieras, Ernesto... Todas las flores que quieras...

Ernesto.—¡Todas las flores!

Luciana.—¡Oh! ¡Todas, todas!

Ernesto.—Tú también eres una flor, Luciana...

Luciana.—Todas las flores...

Ernesto.—La flor roja de tus labios...

Luciana (desfalleciente).—Todas las flores...



LA GUILLOTINA

—

Cuando mi amigo Luis Gallaut, secretario del ministro de la Justicia, nos preguntó en el entreacto si queríamos ver guillotinar al asesino de la marquesa Liana de Riez, yo respondí evasivamente, diciendo á mi mujer: «Como te parezca... ya sabes que las ejecuciones se verifican al amanecer.» Y no era por falta de deseo, no. Yo solo, habría ido con gusto á sentir el escalofrío que los espectáculos trágicos producen; pero con ella, que era tan delicada, tan medrosa, tan enemiga de la violencia; con ella, que acababa de salir

del regazo de su madre para caer entre mis brazos mimosos; con ella, con mi Laura, no, en verdad, no me atrevía. Así, cuando la oí exclamar estremeciéndose de emoción: «¡oh!... ¡vamos!... ¡vamos!», no pude menos de expresarle mi extrañeza.

—¡Bah!—concluyó Gallaut—, las mujeres son más valientes que nosotros.

Y luego, como el último acto iba á comenzar, se marchó dándonos cita en un café de la calle de la Bastilla, á las cuatro de la mañana.

Naturalmente, no nos acostamos. Al salir del teatro, ya muy tarde, entramos en una taberna del Boulevard, donde tardamos hora y media en comernos dos docenas de ostras regadas con champaña.

* *

Al despuntar el día, nos encontramos ya, mi mujer, mi amigo Luis y yo, en la plaza de la Roquette. El verdugo no había edificado aún, con los cuatro maderos de la guillotina, el pórtico de la muerte. Frente á las aceras de la cárcel, alineábanse algunos escuadrones de guardias republicanos, en cuyos sables desnudos los primeros rayos de luz prendían chispas inmensas.

El cielo estaba ensangrentado. ¿Estaba realmente ensangrentado el cielo, ó eran mis ojos los que veían por todas partes el color de la púrpura humana? Sí; sí lo estaba. Laura me dijo, apoyándose en mi brazo: —¡Mira!... ¡qué lindo!... ¡Parece un incendio!...

Lo que parecía era más bien una ola de coral líquido, pues ningún reflejo metálico de esos que por las tar-

des convierten en una llanura de ascuas el Poniente, daba tonos intensos y cálidos al infinito.

—Es un cielo de rubí—murmuró mi amigo para quien todo lo rojo era rubí, como todo lo azul era zafiro.

Yo seguía contemplando, en silencio, la monstruosa ascensión de la sangre en el éter. Y poco á poco, alucinado sin dula por las circunstancias, figuréme ver palpitir, entre los vapores encarnados del Oriente, los labios de una herida fantástica. ¡Oh! ¡aquel cielo! ¡Aquel cielo móvil, casi blando, casi flácido! ¡Aquel cielo que parecía vivir y sentir, y cuya curva se desinflaba á medida que la substancia roja subía más en el infinito!...

—«Julio, ¿verdad?»—Era mi mujer quien pronunciaba mi nombre, ó me-

por dicho, el nombre del asesino, que por una desagradable casualidad se llamaba lo mismo que yo.

—Y ella, la marquesa Liana, ¿qué clase de mujer era?

—Mi amigo, muy enterado de los misterios de la vida parisiense, contestaba complacientemente.

—¿Ella? Una falsa marquesa, más falsa que las del Papa. Sus padres habían sido porteros ó cosa por el estilo. Pero muy lista, eso sí, y muy bella, y también muy caprichosa. En cierta ocasión se le ocurrió hacerse actriz, y como ningún empresario quería aceptarla, ni aun con dinero encima, compró un teatro. Y lo más curioso es que tuvo éxito. Sarcey habló de ella como de una graciosa esperanza del arte ligero. Al cabo de poco tiempo abandonó las tablas y se afilió á una secta ocultista. Ase-

guran que decía la misa negra vestida de Papa diabólico, y que una noche sirvió á sus invitados un plato de raviolis hechos con hostias consagradas. ¿Verdad que es espantoso? Algún tiempo antes de morir abandonó también la magia negra y se entregó en cuerpo y alma á la anarquía... en cuerpo sobre todo. Creo que á su asesino lo conoció en un club de compañeros.

—¡Ah! entonces ¿lo conocia?

—¡Ya lo creo! Si vivieron juntos un par de meses, queriéndose mucho, según parece. Ella, por lo menos, es indudable que lo adoraba á su manera, una manera brusca y variable. En el momento de morir, la doncella que dormía en el cuarto vecino al suyo, la oyó pronunciar, con voz de hipo, pero sin horror, sin crispaciones, el nombre de su Julio.

El, para obligarla á callar, «á morir en silencio», como luego ha dicho,



la tapaba la boca con su boca... ¡Ergúrese usted qué beso!

El tono de mi amigo en aquel si-

tío, á aquella hora, me disgustaba profundamente. Para hacerle cambiar de conversación les indiqué con el dedo el grupo que formaban los ayudantes del verdugo, trabajando ya en edificar el cadalso.

—¡La guillotina! — exclamó mi mujer apretándome el brazo nerviosamente... Pero en seguida preguntó de nuevo:

—¿Y después, qué hizo Julio?

La plaza empezaba á llenarse de gente: seres pálidos, rostros patibularios, todos los candidatos á la pena de muerte estaban allí mirando con inmensos ojos de fiebre los preparativos de la *viuda*, como en términos de *argot* parisiense se llama la segadora mecánica de cabezas. De trecho en trecho, sin embargo, un traje de seda clara ponía una nota elegante entre tanto harapo.

—Son las eternas curiosas — dijo mi amigo.

Luego, contestando á mi mujer que insistía, prosiguió:

—Julio se escapó tontamente. Si se hubiese entregado, tal vez estaría ahora libre, pues su crimen habrían podido pasar por un acto pasional; pero desapareció y con él desaparecieron algunas sortijas de valor, unos cuantos billetes de mil francos... ¿Y sabe usted quién le denunció á la policía? Su propia madre. ¡Una idea de mujer honrada, viuda de capitán! El se había escondido en un hotel donde el ama le quería muchísimo y donde la criada le adoraba... un hotel del barrio de San Sulpicio, frecuentado por curas de provincia... Y lo más extraño es que no vendió las joyas, sino que las regaló á una chiquilla, de quien esta-

ba enamorado... Porque el tal Julio resulta un verdadero don Juan del crimen.

—¿Era guapo?—preguntó mi mujer.

—Mírelo usted.

En aquel mismo momento, en efecto, las puertas de la prisión se abrieron. Un escalofrío sacudió á la multitud, y por los sables de los gendarmes que presentaban las armas á la muerte, un reflejo siniestro pasó rápidamente. El silencio, un silencio de angustia, de hielo, de miedo; un silencio casi religioso; un lamentable silencio fantasmal, reinó un minuto. Después se esparció en el ambiente un murmullo sordo, sin palabras, hecho de tosidos secos, de crujir de dientes, de entonaciones guturales y de chasquidos de lenguas que buscaban en el fondo de la boca

seca un poco de saliva refrescante.

Yo no vi nada. Vi á un sacerdote, sí, que marchaba hacia atrás levantando un crucifijo; vi un grupo, una camisa blanca entre varias levitas negras; vi... No; no vi la cabeza, no vi el cuerpo. Apenas si el reflejo de la cuehilla lució como un rayo de luna ante mis ojos. Y en seguida vi sangre, mucha sangre, sangre en el cielo, en el suelo y en el aire... Instintivamente me limpié las manos.

Cuando pude hablar, dije:

—Vámonos.



Mi amigo nos había abandonado. Y solos, sin valor para tomar un coche, solos por la calle sola, solos bajo el cielo de púrpura, caminábamos como autómatas. Digo «caminábamos» y debiera decir «camina-

ba yo». Ella, mi Laura, iba como siempre, ágil y rítmica, saltando cual un pájaro. Apenas si una ligera palidez y una profunda sombra azul bajo los párpados, la daban un airecillo delicioso de fatiga.

—¿Estás cansada?—le pregunté.

—No—me contestó. Para hacerme ver que no, que no mucho, que tal vez no, enseñóme, sonriendo, las divinas hileras de sus dientes y me estrechó el brazo, más que antes, más que nunca.

¡Qué largas parecían las calles! En los árboles autumnales las hojas rubias, rizadas, palpitaban con una monotonía epiléptica. La piedra de los muros estaba pálida.

Al fin llegamos. Por entre las cortinas, una claridad sin sol, sin ese polvillo de oro que penetra con los primeros reflejos matutinos y que

palpita rayando de oro la penumbra, colábase en nuestra alcoba.

Yo me senté en una butaca, junto al lecho, y dije á Laura: «Acuéstate, amor mío.»

No me hizo caso y vino á sentarse en mis rodillas, palpitando como las hojas, rubia como las hojas. Luego, sin quitarse el sombrero, con los guantes puestos, me ahogó en un abrazo delirante y me dijo mil veces entre besos nunca antes sentidos, entre besos nuevos que mordían, me dijo, con voz convulsiva, con voz de locura, de vértigo: «¡Julio!», mil veces... «¡Julio!... me dijo...

Pero yo sentía que aquel Julio no era yo.

EL CRIMEN DE BLANCA

—A mí—dijo Laura, llevándose á los labios una copa de champaña en el fondo de la cual Salomón Levy había depositado una esmeralda—, á mí lo que más me gusta es la cerveza.

—La cerveza—exclamó con gravedad el poeta Marcelo—no es una bebida plebeya. Desde la más remota antigüedad...

—¡Que se calle!—interrumpieron á un tiempo mismo cinco ó seis voces femeninas—. ¡Que se calle el académico!...

La rubia Noemí, que ya estaba

botracha y cuya gran cabellera despeinada caía sobre la mesa, llenando de ámbar luminoso las copas y los platos, echóse á reír nerviosamente con una de esas risas instintivas, sin alegría y sin franqueza, risa de histerismo y de alcohol; «¡mamá —murmuraba—, mamá, mamá!» Y las sílabas monótonas de su reclamo, mezcladas con el sonido estridente de su eterna carcajada, producían una sensación de angustia dolorosa y casi macabra.

—Su mal—aseguró Marcelo—es el mal de toda una generación que lleva sobre las espaldas degeneradas el fardo de los pecados ancestrales y que nació con cien años de vicios y de dolores. Las cortesanas modernas, lo mismo que las hetairas que endulzaron la existencia de los sutiles filósofos griegos...

Para obligarle á terminar su discurso, Laura le introdujo violentamente en la boca un bizcocho lleno de coñac y de pimienta.

El poeta tosió, estornudó; y en el instante en que iba á ponerse furioso, dióse cuenta de que su cólera haría reír al barón cuyo monóculo implacable seguía contemplándole irónicamente desde el otro extremo de la mesa.

—Los vates no debemos hablar ante los necios—dijose á sí mismo. Luego tomó un ramillete de rosas, las deshojó y cubrióse la cabeza de pétalos multicolores. «Como los dioses»—pensó. Sus párpados se cerraban pesadamente. «Tengo sueño—murmuró—, tengo sueño como Homero... *Quandoque bonus dormitat...*»

El coronel de la Mote hablaba con Clara de Luna. Su voz ronca y terrible de matamoros acostumbrado á mandar, cubría todas las risas y todos los cuchicheos.

—Aunque te burles de mí—decía—escribiré mis memorias y las titularé *Mil noches y una...* mil noches de amor... una noche de odio... ¿Te parece poco? Hablaré de todas las princesas que fueron mías y de ti también hablaré en la noche más oscura de todas, en la número novecientas noventa y nueve, después de contar la historia de las cien reinas africanas y de Blanca la funámbula...

¿Te acuerdas de aquella aventura?...

Clara bostezaba.

—¿No te acuerdas?

—¡No!

—En aquel entonces—prosiguió el coronel—yo no era más que teniente, teniente de coraceros, y tenía un casco dorado como la cabellera de Noemí, un sable más largo



que la nariz de nuestro amigo Salomón y unas botas más lucientes que tus ojos... ¡En verdad te digo, Clara, que yo era un guapo mozo y que si me hubieras conocido entonces te habrías vuelto loca!...

Como el Ministro de la Guerra tenía miedo de que su mujer me viese, enviéme de guarnición á una

ciudad de la frontera, en donde las tabernas cerraban sus puertas á las diez de la noche, dejándonos en el aprieto de escoger entre nuestras ca-



mas y el circo... Porque, eso sí, había un circo, el indispensable circo de los pueblos de soldados; un circo en el cual todas las noches de todo

el año, un apocalíptico caballero daba vueltas como en una noria, luego que una chica muy flaca había ayudado á hacer «el trapecio volante» á un hombre muy gordo. La chica se llamaba Blanca. Al principio me pareció insignificante, ni fea, ni bonita, ni nada; pero luego, no sé si por obra de la fatalidad ó por causa de la costumbre, llegó á parecerme admirable, con sus grandes ojos tristes, su rostro mate, su boca grandísima, sus piernas nerviosas, sus robustos brazos y sus movimientos de serpiente...

Una noche soné que me había mordido, y al día siguiente amanecí enamorado de ella... ¿Por qué?... No sé por qué. Pero necesitaba á aquella mujer, la necesitaba físicamente, como te necesito ahora á ti; la deseaba con toda mi carne de

veinticinco años; quería que me mordiese de veras.

Y comencé a sitiarla en toda regla á la antigua usanza, rodeándola de flores, bañándola de miradas, bombardeándola á madrigales, acrósticos y sonetos... En mi época los militares llevábamos aún una peluca, perfumada á la Luis XV, en el fondo del casco, y creíamos en los laureles de la gloria, en las rosas del amor, en las sonrisas de la recompensa. Hoy ya no; hoy ya no hay militares, sino máquinas humanas, muy orgullosas, muy sólidas, muy sabias, pero sin brillo y sin vida... Así, pues, la puse sitio... ¿Me haces el favor de darme una copa, querida Clara?

Clara, que oía el relato de su amigo con un interés benévolo e irónico, le dió dos copas, diciéndole:

—¡Una por ella y otra por mí!
Sonriendo galante, el viejo militar
las apuró en un segundo. Luego dijo:
—¡Las dos por ti, Clarísima!

♦♦

Después de acariciar durante algunos instantes sus hermosos bigotes de nieve, La Mote prosiguió:

—Un mes, un mes entero me costó el triunfo... Pero bien vale un mes una mujer, ¿no te parece?...

¡Y era tan excitante la tal Blanca con su palidez de noctámbula y su nervosidad de enferma!

Lo más curioso en mí, es que, una vez la victoria lograda y los mordiscos conseguidos, en vez de quererla menos la quise con más ardor, con más pasión, con más delirio. Nuestros besos parecían besos diabólicos. Lo único desagradable era que

Blanca tenía un padre tan celoso de su honor como un caballero español y que para vernos estábamos ella y yo en la necesidad de poner en juego mil mañas y artificios. Pero tal vez era aquello mismo lo que atizaba el fuego de nuestros deseos, haciendo más fogosos nuestros idilios.

¡Oh, las mañanas estivales, en la gran ruta florida, bajo los árboles hospitalarios!... Tú nunca has experimentado tan bucólicas impresiones, mi querida Clara, porque eres una parisiense y siempre has tenido un blando lecho para tus caristas. . . ¡Yo soy un salvaje!... Si en vez de conocerte á los cuarenta años te hubiese conocido á los veinte, habríate llevado conmigo por los caminos y ahora podríamos amenizar nuestras veladas con la dulzura nostálgica de los recuerdos juveniles...

Así, pues, yo seguía yendo todas las noches al circo para admirar á mi adorada saltimbanquí que iba poniéndose cada día más guapa—(las caricias embellecen, Clara)—mientras su compañero de trapecio enflaquecía á vista de ojos. Una mañana pregunté á mi querida lo que sucedía á ese pobre diablo. Blanca se echó á llorar. «¡Diantre!—me dije—¡aquí hay algo!» Y, en efecto, era que el funambulo estaba loco de amor por Clara; que había pedido ya su mano, y que conocía el misterio de nuestras relaciones. «¡Por las barbas de Carlomagno—gritaron á la vez fieramente mi amor y mi amor propio—, ¡por las barbas del gran rey y de mi padre, que me he de vengar, pese á quien pesel...» ¿Por qué?... ¿De qué? No lo sé; pero necesitaba vengarme del tal mono que

tenía la insolencia de abrigar sentimientos análogos á los míos. No pudiendo retarle á combate singular, decidí matarle como á un perro. Mi venganza fué terrible.

Verás... Durante una semana entera no acudí á ninguna de las citas que Blanca me daba en billetes llenos de lágrimas y de quejidos; y cuando comprendí que su amor exasperado había llegado al punto de cristalización necesaria á mis planes de venganza, fui yo mismo á buscarla, y le dije lo que deseaba... Casi nada... una friolera... que ella hiciera un movimiento falso en el trapicio para que su compañero se rompiera el cráneo... «Si no lo haces, le dije, nunca volverás á verme.»



Clara se había aproximado al co-

ronel y escuchaba con inquietud el fin de la historia:

—¿Y luego?

La Mote llenó de nuevo sus dos copas; apurólas y continuó:

—Luego... eso es... Pues Blanca no contestó á mi exigencia trágica sino con un beso, un beso loco y febril, beso y mordisco á la vez, beso de vorágine, lleno de lágrimas y de promesas... Pero resultaban tan vagas las tales promesas, que yo entendía que sería necesario insistir de nuevo varias veces seguidas para imponer mi voluntad. Aquel día no le hablé más del asunto. Por la noche fui al circo cual siempre, tomé mi sitio de costumbre, y encendí, como siempre, mi cigarro, sin volverla vista hacia las barras y los trapecios que, á doce metros del suelo, llamaban la atención del público. La

orquesta de humildes violines y de modestas trompetas, preludiaba ya los acordes apagados de la parte sensacional del espectáculo: el «aire del caballero volante».

Inconscientemente mis labios sonrieron recordando mi exigencia de por la mañana. La orquesta seguía arrastrando sus notas perezosas, lánguidas, veladas; notas que parecían querer ocultarse para no distraer la atención del público; notas de melopea y de lejano salmo. De pronto un grito llenó el espacio: un grito compuesto de mil gritos, un grito de horror, de queja, de miedo, de cobardía y de rabia; el grito más espantoso que jamás ha sonado en mis oídos; un «¡ay!» que era al mismo tiempo un «¡oh!» y que rugía, y que gemía, y que crujía... y que helaba la sangre!... En el suelo, en medio

de la pista, el pobre compañero de Blanca yacía ensangrentado é inánime, mientras ella, desde lo alto de su pedestal ondulante, sonreíame con su sonrisa de Esfinge...

Clara se enjugó la frente con una servilleta. Luego, volviéndose hacia el judío Levy, que llenaba de cifras cabalísticas el mantel:

— Dame una botella, le dijo.

Bebió una copa, y, en seguida, para que el coronel no percibiese su emoción ni el brillo de las lágrimas que temblaban en sus párpados marchitos, echóse á reír nerviosamente confundiendo su carcajada con el rítorneo histérico de la rubia Noemí, que continuaba gimiendo en el otro extremo de la mesa, «mamá... mamá... mamá...»